

jesuitismo ejerce una siniestra influencia en los dispersados restos de esta nacion infortunada, precipitando á los unos á una devocion hipócrita ó inerte, y como consecuencia inevitable, aunque indirectamente, alentando la incredulidad de los otros.”

Cinco volúmenes llenos de calumnias, no han bastado á este sacerdote; aun revela otras mayores que *podia probar*, pero que se abstiene de hacerlo, sin duda, por consideracion á la Polonia. Los hijos de la Polonia son sus hijos. En esta hipótesis bien puede suponerse que para él no han cambiado de nodriza, puesto que les reconoce en su imágen. Los Jesuitas los han vuelto devotos, hipócritas ó incrédulos, segun las circunstancias. Pobre Polonia! Hé aquí los únicos amigos que te ha dejado la revolucion. Sí, de tus heroicas empresas aun conservas en el corazon una pequeña parte de esa fé que abrasa el corazon de tus modernos Sobieskis, y un abate italiano pone en duda tu piedad; piedad que fué tu guia en los combates, y que te ha hecho objeto de la admiracion europea; piedad que los antiguos Jesuitas te inspiraron, y á la que ahora Gioberti llama devocion hipócrita é inerte. Los deplorables modelos que el destierro te ha presentado, las lecciones de los Giobertis de todas las sectas que te eligieron como bandera de insurreccion, sembraron en el alma de algunos de tus hijos principios de duda; y ya que no pudiste morir por tu independencia, se mendigaba tu vida para difundir el mal. En medio de una atmósfera corrompida, has sentido la corrupcion que gangrenaba tus miembros. Mas el abate Gioberti te ha hecho expiar esta corrupcion. El podria probar que los polacos son hipócritas é incrédulos, y llegará dia en que lo demuestre, con el fin de hacer culpable al jesuitismo de todas las acciones impías y malvadas á la vez; y si le apuran un poco, será capaz de sostener que el jesuitismo es el que ha producido y dado á luz en este mundo al emperador Nicolas y al mariscal Paskewicz.

¡Cuán triste es la condicion del hombre voluntariamente condenado á la injusticia! Acabais de ver al abate Gioberti despreciar todo lo que fué grande y todo lo que es santo ó desgraciado en el mundo; héle aquí que se dirige contra todo lo que es firme como la justicia y recto como una espada. Los polacos son los mártires de los Jesuitas, y los suizos del Sonderbund serán sus víctimas. La Iglesia y la cristiandad toda entera contemplan con un respeto mezclado de orgullo los siete cantones, en donde los Guillermo Tell católicos combaten á su vez con la palabra y con el hierro contra los Gessler liberales. Proclaman el triunfo y la independencia religiosa sobre la esclavitud y servidumbre de la impiedad. A estos rudos campesinos, cuyas agresivas virtudes se dulcifican á los pies de una imágen de la Virgen,

y que se revelan tan terribles en el combate como humanos en la victoria, es á quienes desde su cátedra de Lausana anatematiza el abate Gioberti, llorando al mismo tiempo y haciendo el fúnebre cortejo al entierro de los cuerpos francos. Los cuerpos francos son los católicos segun su modo de pensar, los apóstoles de la libertad, tal como él la comprende, y los republicanos de los siete cantones se transforman en fanáticos, cuya ignorancia deplora el sacerdote italiano. La Europa, que piensa y raciocina, aplaude su heroismo lleno de buen sentido y de radical firmeza. Ellos tienen á su favor la ley, la razon y el pacto constitucional; pero jamas se adquirirán la estimacion del abate. ¿Sabeis por qué? Porque el canton de Lucerna tiene siete Jesuitas en su seminario, y M. Gioberti deniega á esos padres, hijos de la Suiza alemana, el derecho de ciudadanía, que él mismo, siendo italiano, se arroga en el canton de Vaud. En este canton el abate Gioberti puede, bajo el impulso de M. Druey, hermanar á su placer con los miserables que vociferan: ¡Fuera Dios! esto es ser católico en alto grado; pero los Jesuitas, llamados en el canton de Lucerna por unanimidad del gran consejo y de la poblacion, los Jesuitas, que cediendo á este deseo han obedecido al mismo tiempo á una orden formal del papa, son los únicos responsables de la sangre derramada. Cualquiera diria que esta sangre revolucionaria, vertida en una derrota, ha salido de las venas del sacerdote piamontes. Al oír sus imprecaciones y su desesperacion, podria creerse que él habria hecho el mayor y último de los esfuerzos para comunicar todo su valor á los Ochsenbeim que tan cobardemente huyeron. Canta un idilio á la paz, despues que han sido vencidos sus hermanos los de los cuerpos francos; pero esta derrota es á los Jesuitas á quienes se debe. El abate Gioberti no les perdonará este triunfo del derecho sobre el despojo. “Vosotros, esclama (1), permanecis firmes é intrépidos en vuestra resolucion impía. Veis cómo se aprestan las armas, cómo se forman los batallones, marchan y se colocan en batalla: cómo vibran los aceros; y el grito homicida resuena por los aires; cómo los hermanos se lanzan contra los hermanos; y sin embargo, os callais. Una sola palabra que pronunciaran vuestros labios, seria suficiente para desarmar á estos furiosos, é imdir la carnicería; y cuando ésta se haya completado, ¿habreis hollado los cadáveres con vuestros pies para subir al trono que ambicionais? ¿Y vosotros os llamais sacerdotes? ¿Vosotros religiosos? ¿Vosotros apóstoles de un Dios de paz?”

Con sus hábitos de afectada é insulsa declamatoria, se conocerá desde luego que el abate Gioberti penetra, á banderas des-

(1) *Gesuita moderno*, t. 2, p. 378.

plegadas, en la cuestion suiza; y lo que ninguna persona se ha atrevido ni aun á proferir por lo bajo, él lo proclama en alta voz. Los siete cantones son culpables en su tribunal de sacerdote católico, por sola la razon de que quieren vivir y morir católicos. Detienen en sus fronteras la propaganda de los malos libros y de la impiedad armada en corso. Ellos han pedido Jesuitas para formar la juventud clerical en la ciencia y la piedad; este es un crimen, y la Sociedad de Jesus, al someterse en esto á las prescripciones de la Santa Sede, debe dar cuenta de ese crimen al abate Gioberti. Los confederados católicos han batido á los cuerpos francos; el abate Gioberti se pasa con armas y bagages al lado de los vencidos; les excita á alzar de nuevo su bandera, que es la enseña del desorden, de la incredulidad y de la blasfemia; y esta enseña es la suya. Los católicos del Sonderbund se ven maldecidos, de la misma manera que este sacerdote habria segregado de su comunión á los aldeanos de la Vendée militar que rehusaron aceptar el ateísmo y la esclavitud de la guillotina, como última espresion de su fe y de su libertad.

Bastan y aun sobran estas pocas páginas para apreciar en su justo valor al hombre que se ve deshonrado, menos por lo que ha dicho que por lo que ha tenido la audacia de escribir. Pero es preciso llegar hasta el fondo de las cosas, y hacer ver todo el veneno que es capaz de contener el corazón de un mal sacerdote. Ya hemos visto al *Contemporáneo*, á la *Revue de Louvain*, á las producciones universitarias, y aun al mismo *Correspondant*, tomar parte en favor de Clemente XIV contra la misma historia. Contra esa historia, que sin pasión de ningún género, referia con documentos inéditos todas las peripecias de ese triste pontificado, ha sido llamada á la barra del tribunal antijesuítico. Se ha procedido por interrogatorios capciosos, por inducciones malévolas; y no se ha desechado la calumnia, para enervar la fuerza y debilitar la autoridad de los documentos. Se ha tratado de deshonrar la Iglesia para presentar una apoteosis á Clemente XIV, y M. Lenormant ha llevado su audacia hasta decir “que en todos los soberanos pontífices se han visto señales de debilidad; lo cual no debe extrañarse cuando el mismo San Pedro fué débil, y cuando la historia de los papas no es sino una indefinida reproducción del carácter que atribuye el Evangelio al príncipe de los apóstoles.” Esta teoría tan extraña, por no decir otra cosa, que se halla en contradicción manifiesta con la doctrina católica, con las virtudes, y con el valor que ha mostrado el mayor número de los vicarios de Jesucristo y con la misma historia, esta teoría de circunstancia ha sido inventada como paliativo de los errores de Ganganelli. M. Lenormant como abogado, que abunda siempre en su sentido, sobre todo cuanto ese sentido está viciado, quiere que todos los papas hayan renegado de su maestro, y

afirma que “su historia es la indefinida reproducción del carácter que el Evangelio atribuye al jefe de los apóstoles.” Esta asercion le parece ortodoxa, porque le es necesaria para su causa, olvidando que fuera de las virtudes y particulares méritos que se encuentran en los soberanos pontífices, mas de una vez debió pensar en aquello que dijo el poeta:

Cuando á un modelo nos queremos arreglar,
Siempre por su buen lado debemo de copiar.

La memoria de Ganganelli, defendida de ese modo, no ganará nada con estos odios injustos en contra de la razon. Clemente XIV está ya juzgado y bien juzgado; y si acaso faltaba alguna pincelada mas al cuadro de su desdoro pontifical, que nunca podrán compensar en la balanza de la posteridad ni su intachable vida privada ni su muerte llena de arrepentimiento, el abate Gioberti la ha completado con su brocha. Ganganelli es para él el hombre sensato á la diestra del señor. El refugiado de Lausana abre al papa su cielo de revolucionarios, de renegados y de cuerpos francos, y le embalsama con sus alabanzas como el postrer insulto. Bendice y vuelve á bendecir el breve de 1773 que suprimió á la Compañía, y en seguida volviéndose de repente á los Jesuitas, exclama este sacerdote en su postrer transporte de ternura hácia el uno, y de aborrecimiento hácia los otros (1): “Un poeta diria que la sombra de Clemente os persigue por todas partes. á fin de arrastraros hasta el fondo del precipicio como el horrible espectro del dramaturgo español y del novelista alemán. Teneis razon, continúa, en maldecir implacablemente al pontífice á quien habeis muerto, porque fué el primer motor de todos vuestros infortunios, el que dispuso el prestigio de engañosa virtud que os rodeaba, y el que demostró con el ejemplo que en lugar de ser divinidades ó ángeles, segun vuestras habladurías de humildad, erais (como Jesuitas) ménos que hombres. ¿Dudais aun? Pues consultad los hechos. ¿Quién os ha espulsado últimamente en Francia? Clemente. ¿Quién os ha cegado hasta el punto de hacer que se derramase la sangre para entrar en Lucerna? Clemente. ¿Quién el que os ha cerrado las puertas de la Toscana? Clemente. ¿Quién el que os ha impulsado á querer instalaros en esta provincia á pesar de sus habitantes, y á turbar la paz de un país dichoso y tranquilo, renovando en el corazón de la Italia las funestas escenas de la Suiza? Clemente. ¿Quién es el que cada dia os impele á reprender, calumniar, perseguir y acabar con los buenos; á extinguir las luces y hacer mas espesas las tinieblas y á querer con una mano convulsiva asir por los cabellos una for-

(1) *Gesuita moderno*, t. 3. p. 161.

tuna que os abandona para siempre? El temor de un nuevo Clemente. ¿Quién, finalmente, os amenaza de continuo, con una segunda muerte, que pareciéndose á la de los réprobos anunciada por el Apocalipsi, será la última, porque no la ha de ser seguida de una segunda resurreccion? El breve de Clemente. Ved, pues, cuán inmortal es la obra de este pontífice! Obra que será tan inmortal como la memoria y nombre de su autor que fundó el pontificado moderno y civil; este pontificado que hoy día vuelve á comenzar como por milagro, y que asentado sobre las ruinas del jesuitismo degenerado, llenará al mundo con una nueva luz cuando resucite de sus propias cenizas el fénix de las naciones.”

En presencia de semejante extravío del entendimiento, no es ya la indignacion la que debe responder, sino la compasion, hija del asco y del disgusto que engendra la vista de un embriagado, que se revuelca en el fango. No harémos á Pio IX la injuria de realzar semejante paralelo. Nos guardaremos muy bien de triunfar, al ver confirmarse tan pronto, segun los deseos del sacerdote católico italiano, las previsiones con que el *Contemporáneo*, la *Revue de Louvain* y el *Correspondant* inútilmente metieron tanto ruido. Estas previsiones no nacieron ni pudieron engendrarse en mi alma, de lo cual doy gracias á Dios; pues en otro caso, sin querer hubiera sido cómplice del homicidio pensado del abate Gioberti. Sea para él toda la infamia, ya que él solo ha llevado el atrevimiento hasta el punto de blasfemar con semejante comparacion!

Pero si Clemente XIV es impecable á los ojos de todos los impíos de todos los paises y de todas las castas; si por el solo hecho de haber publicado un breve tachado de nulidad, ha incurrido en la admiracion de los enemigos de la Silla de Roma; si como lo declaran éstos Gioberti, su autoridad pontifical es superior á todo lo de acá abajo; si puede crear y destruir, ciertamente que no debe ser esclusivo al franciscano Ganganelli tan terrible poder. El le recibió de sus predecesores, y le transmitió á sus sucesores. Todos los que se llamen hijos de la Iglesia lo mismo deben de obedecer á unos que á otros, y con obediencia absoluta, y digna de admirarse así como la que se nos pone por modelo tocante al breve de supresion. A pesar de nuestras desconfianzas históricas, bastante bien fundadas, nos encontramos dispuestos á aceptar la obra de Clemente XIV. Mas por una reciprocidad de deberes, será preciso que los adoradores de Ganganelli humillen su voluntad ante la potencia soberana de los papas que le precedieron y que le han sucedido en el trono pontificio.

Desde Paulo III hasta Clemente XIV inclusive, mas de veinte gefes de la cristiandad, tan infalibles, ó por lo ménos tan dignos de respeto como él, se mostraron tanto en las circunstancias solemnes como en las menos significativas de su reinado, los padres, los tuto-

res, los amigos, lo dirémos de una vez respecto á su mayor parte, los protectores afectuosos y reconocidos á la Compañía de Jesus; sus bienhechores, sus apologistas. Clemente XIV la destinó á morir; mas apenas cubrió sus restos el mármol de la tumba, cuando Pio VI su sucesor, trabaja en la resurreccion del instituto, resurreccion que llevó á cabo Pio VII, con aplauso de la Iglesia universal, y que han sancionado despues por la plenitud de su poder y energía de su voluntad, Leon XII, Pio VIII y Pio IX actualmente reinante.

Convoquemos ahora á todos los Gioberti del mundo, á los Gioberti adheridos aun á Roma por algun lazo de amor, de respeto, de fé ó de conveniencia, si es que por casualidad se encuentra uno. A este augusto senado de pontífices muertos, pero que aun hablan al universo católico con sus actos y sus bulas, que le apliquen el sistema constitucional; que recojan sus opiniones y sus votos, y que nos digan luego si el breve de Clemente XIV, hijo de las circunstancias y condiciones que se quieran invocar, expedido bajo la sombra de los crímenes jesuíticos antiguos ó modernos de los que fué juez instructor ese mismo senado, debe pesar en la balanza mas que los decretos de los pontífices que ha habido en el espacio de tres siglos. Vacíad á Clemente XIV en el molde de los héroes de Homero; suponedle el mas santo, el mas ilustrado y el mas justo de los papas; que posea toda clase de virtudes, el valor, la prudencia, la equidad, la ciencia y la sabiduría; que sea una excepcion para vosotros en el Vaticano como por dicha lo es para nosotros; y con todo eso nunca podrá ser mas infalible, ni habrá sido mas Pedro que los que, ántes y despues de él, ascendieron al trono apostólico; ni tendrá mas prerogativas, mas gracias, ni mas poder.

Si reconocéis todos estos privilegios en la persona de Clemente, es preciso reconocerlos en las de los demas. Si al destruir Clemente XIV á los Jesuitas, obró como verdadero pontífice, debéis proclamar que el papa que los instituyó, el papa que los restableció, y todos los demas papas que los han adoptado, protegido y recompensado como el mas firme baluarte de la Iglesia, tuvieron y tienen derecho á la sumision de todas vuestras preocupaciones, y al silencio de vuestros juicios. Aceptais la obra de Ganganelli, porque os confesais católicos; no permitis que se discuta ni que, para explicarla, se evoquen documentos inéditos; pues bien, esa misma consideracion os obliga á aceptar con un respeto por lo ménos igual cuanto han aprobado y confirmado los pontífices que ha habido desde Farnesio hasta Mastai.

Sobre esto no se permite ambigüedad. Desde el momento en que formais parte en espíritu y en verdad del cuerpo militante de la Iglesia, ya no podeis circunscribir vuestra obediencia y li-

mitarla á este soberano pontífice, y estenderla en favor de otro. El dilema está en todo su rigor, ó dentro ó fuera. Supuesto esto, ¿quién es mas fiel al trono apostólico, á sus tradiciones, á sus leyes constantes y á su inmutabilidad, nosotros ó los Gioberti, los Moeller y los Gazzola? Clemente XIV echó por tierra el edificio de sus predecesores. Sus sucesores cambiaron la muerte que dió aquel en una vida nueva. Despues de trescientos siete años que se fundó la Compañía de Jesus, no debe contarse mas que un papa; ¿y en solos cinco años, se ha de suponer este papa mas ilustrado, mas favorecido de los dones del Espíritu Santo, y de mas valor y resolucion que todos los anteriores juntos?

A este último término es á donde se llega. A su borde no hay sino creer ó negar, porque el abismo está al cabo; un abismo sin fin, abismo en el cual á fuerza de consecuencias lógicas tiene que precipitarse la fé, la razon cristiana y el principio de autoridad, para hacer triunfar las pasiones ó las enemistades individuales de la Omnipotencia de la Silla Romana. Los sectarios, los indiferentes, los hipócritas de religiosidad, los carbonarios dirigidos al progreso, los impíos de todos colores, los malos sacerdotes sobre todo tomaron partido por Clemente XIV, solo por hacerlo contra la Iglesia universal. Este es el instinto de repulsion que les guia admirablemente. Pero no puede permitírseles á los que así piensan, que se llamen firmes en la unidad de las creencias, hijos de sumision, soldados fieles á la Iglesia, y que se presenten á glorificar el acto de un papa, cuando este acto se halla anulado para el pasado y para lo presente. Si, como gefe de ia Iglesia y hablando en nombre de la Iglesia, Clemente fué justo extinguiendo á los Jesuitas, los que los han creado, confirmado, sostenido, restablecido y conservado, ¿serán acaso injustos y harán traicion al honor pontifical? ¿Debe respetárseles, como privados de la superioridad de luces y de poder que Dios perpetuamente hace descender sobre la cabeza de sus vicarios?

Entre los verdaderos católicos y los Gioberti antiguos y modernos, la cuestion no es mas que esta, y únicamente esta: los Jesuitas no son mas que un pretesto. Hasta este dia sirvieron de alimento á los rencores, á las aversiones, á los cálculos y á las preocupaciones estúpidas. Se disparó sobre ellos desde todas las baterías dispuestas á metrallar la Iglesia. Se agitaron contra ellos todas las violencias y todas las hipocresías; se regimentaron las pasiones mas siniestras, y á veces las mas culpables; se pusieron en tortura todos los códigos, se puso un freno absoluto á la libertad, se hizo una ley de todas las clases de arbitrariedad, se excitó al clero secular, se despertaron las antiguas rencillas de comunidades religiosas, á fin de engrosar el número de los enemigos que se suscitaban contra la Compañía. A ésta fueron atribuidos

todos los crímenes, todos los orgullos, y á sus perseguidores todas las virtudes. Pero esta era la marcha regular que podia esperarse de la corrupcion del entendimiento humano. Esta en el espacio de trescientos años, solo pudo engañar á un papa que se sirvió de ella para subir al trono. ¿Y este papa será el solo que á nuestra veneracion ilustrada se presente como el único infalible, y como el único á quien el Espíritu Santo haya inspirado en la cuestion siempre agitada y siempre resuelta de los Jesuitas? ¿Someterémos nuestra fé de cristiano, y nuestra fé de historiador á todos esos reclutas de entusiasmo y veteranos de preocupacion, que no admiten como posible y verdadero sino la inspiracion de una mentira olvidada ya despues de haber estado tantos años al servicio de caducos rencores y de pasiones gastadas?



P. S.—En el momento de entrar en prensa el último pliego de este folleto, se me ha remitido un artículo que apareció el 15 de Septiembre en el Semeur, periódico protestante. El Semeur, que siembra y nada recoge, mete tambien su baza en la cuestion de Clemente XIV y los Jesuitas. Su crítica está llena de probidad, siempre que no invoca en su apoyo á M. de Lenormant, quien por su desgracia, en corto tiempo, ya se reputa como autoridad entre los calvinistas. En este asunto merece con mucho la ciega confianza que aquellos le dispensan. Separando la credulidad de buena guerra que afectan conceder á M. Lenormant, los protestantes del Semeur, dejando aparte la discusion, confiesan en efecto:

“Que la iniquidad del proeedimiento no basta para fijar como principio la inocencia de los acusados, puesto que una condenacion puede ser dirigida y pronunciada por enemigos, y permanecer justa en cuanto al fondo. Todo lo que de esto pueda resultar, será siempre de un peso considerable en favor de los acusados, y traerá consigo la necesidad para todo juez imparcial de mirar y remirar todas las piezas del proceso ántes de resolverse á confirmar la sentencia. Concebimos, pues, que el libro de M. Crétineau-Joly puede inspirar dudas á un lector filósofo y atraerle á un terreno y posicion imparcial entre Clemente XIV y los Jesuitas; y sometiendo el negocio á un sério exámen, hará comparecer ante sí á los acusados y acusadores, y por resultado bien podria suceder que condenase á éstos sin absolver á aquellos.”

Esto es lo que falta que ver. Los documentos que han servido de

base están á la vista de los católicos y de los protestantes. Todos pueden, con conocimiento de causa, investigar hasta los senos mas recónditos del corazon de los jueces, y estoy seguro de que no hallarán mas que iniquidad.

Empero para condenar á los verdugos sin absolver á las víctimas, no hay sino presentarse como yo me presento, con las manos llenas de documentos de toda especie, y probar con ellos mismos que los Jesuitas, aunque muertos bajo el golpe de magistrados evidentemente prevaricadores, no por eso han merecido esa suerte. El primer punto está fuera de duda. Ganganelli y sus satélites sufren una sentencia que los miserables subterfugios, las odiosas reticencias ó imposturas de los Gioberti, de los Lenormant, de los Gazzola y de los Moeller, de todos los países no pueden ménos de confirmar. Pasemos al segundo: puesto que la injusticia de los jueces es tan clara y manifiesta, que el Semeur y sus aliados de todos los partidos combinen en vista de ello sus esfuerzos para demostrar que la condenacion de los Jesuitas fué justa y equitativa, no obstante la indecente parcialidad de los que pronunciaron el fallo. Aquí estamos aguardando el resultado.

